

LA AUTOCONCIENCIA: UNA ANGUSTIA FILOSOFICA

Reyes Antonio Pérez Rojas

Una característica de la filosofía es la de su capacidad para enjuiciarse a sí misma. Efectivamente, el matemático debe trascender el campo de la matemática para adquirir conciencia acerca del ser de la matemática. Lo propio ocurre con el literato, con el científico en general y hasta con el religioso mismo. Es una propiedad de la filosofía su capacidad para convertirse en objeto de la reflexión filosófica. En cierto sentido, la filosofía tiene una auto-capacidad especial de metavisión.

La reflexión filosófica ha contribuido a acrecentar nuestra percepción del universo. El poder exploratorio del filosofar contribuyó de manera primigenia, e históricamente, a anticipar la consecución de muchos logros ahora integrados en el saber de los dominios científicos. Además de ello, y de cualquier manera que se le interprete, nuestra conciencia del universo ha sido permanentemente acrecentada por el quehacer de la filosofía. El pensar filosófico ha acrecentado realmente la conciencia humana de realidad tanto cuando ha alcanzado a describir entidades o nociones, cuando nos ha hecho conscientes de alternativas o posibilidades que de alguna forma son integrantes también del horizonte general de la realidad.

Es en este sentido amplio en el que se ha producido el acrecentamiento de nuestra conciencia de la realidad, independientemente de la posición que se asuma dentro de los movimientos diversos o concepciones distintas del filosofar. De esa manera, han contribuido a acrecentar nuestra conciencia de la realidad los fenomenólogos, cazadores de la esencia; los existencialistas, indagadores de los problemas angustiosos inherentes a la vida humana; los neo-positivistas, preocupados en el esclarecimiento del pensamiento científico o en la determinación de las estructuras que gobiernan el discurrir humano; el metafísico, interesado en la dilucidación de los problemas globales y magníficos de la realidad; y así en tantas otras direcciones, por tantos otros caminos. El pensar filosófico ha sido, pues, contribuyente, en cuanto a interrogantes y respues-

tas, de nuestra amplificación consciente de la realidad.

El pensar filosófico original tuvo como característica ser un esfuerzo de reflexión aplicado de manera directa a objetos. El universo, el cambio, la permanencia, el cosmos y sus reales o presuntas regulaciones, fueron algunos de tales objetos. Esta es una manera del filosofar claramente perceptible en los disquisidores presocráticos. Dentro de la tradición occidental, no es sino con Platón que de manera manifiesta, clara y especializada el quehacer filosófico rehuye conformarse con ser un estilo de preguntarle a la realidad de manera directa y se convierte también en un estilo de preguntar que pregunta acerca del estilo de preguntar. Es precisamente con Platón con quien la tarea del filósofo adquiere conciencia plena de sí misma. Parte del esfuerzo platónico se dirigiría a exhibir las características, la validez y hasta la conveniencia de la acción filosófica, de la vida dedicada al cultivo de la filosofía. El sofista y parte de las argumentaciones de la República están dirigidas a este problema. La obra de Aristóteles también habría de recoger la preocupación acerca de las características, las condiciones y la validez del pensar filosófico. A partir de Platón y Aristóteles, de manera explícita en muchos casos e implícita o encubierta por preocupaciones de otra naturaleza en otros casos, dentro de la tradición filosófica occidental se ha vuelto un lugar casi obligado el que los filósofos hagan motivo de sus preocupaciones no solamente sus maneras de entender el mundo o lo que entiendan como objetos de su interés, sino también su manera de entender el método, también su manera de entender la filosofía. Hasta aquí, señalemos este carácter como tal, como una propiedad, como una capacidad de la filosofía para enjuiciarse a sí misma.

Es importante, sin embargo, considerar qué características revela esta capacidad especial de la filosofía. Entre otras cosas, el esfuerzo por lograr la autoconciencia filosófica enriquece nuestra percepción de la realidad, solo si concebimos como parte

de la realidad al quehacer filosófico. Esta propiedad de la filosofía, no obstante, puede encubrir un riesgo tramposo si se le exagera. Nuestra conciencia de la realidad, salvada la excepción referida, no se amplía cuando intentamos la adquisición de la autoconciencia filosófica. Por el contrario, es inminente el riesgo de la esterilidad. Este esfuerzo de autoconciencia filosófica no deja de ser un enjuiciamiento de la actividad enjuiciadora que constituye la filosofía, es un nivel suprarreal en el sentido en que se eleva a categoría de objeto de la indagación filosófica lo que constituye a su vez el instrumento de indagación de la realidad. Es, en definitiva, una reflexión acerca de la reflexión.

Un aspecto importante de observar es el que generalmente, la indagación sobre el ser de la filosofía se convierte en estipulación acerca del deber ser de la filosofía. Dicho de otra manera, lo que pareciera ser una actividad de carácter descriptivo, acerca de lo que cada filósofo entiende por filosofía, viene a constituirse, en un gran número de casos, en una manera de estipular lo que en su opinión debe ser la filosofía. De esa manera, un lenguaje aparentemente descriptivo no resulta ser sino realmente un lenguaje de carácter normativo. La referencia al presunto ser o forma de entender la filosofía se convierte, así, en una manera de legislar lo que debe ser la filosofía o el filosofar.

Es claro e innegable el valor que tiene, especialmente para el aprendiz de filósofo, ilustrarse acerca de los distintos estilos posibles del filosofar. Es obvia la importancia que tiene el conocimiento de las maneras en las que cada filósofo, en las que cada autor, entiende por filosofía y consecuentemente, por el filosofar.

Si un filósofo lo ha manifestado de manera explícita, la lectura de la manera en que concibe su estilo podrá ser más clara, más manifiesta, más sencilla. Sin embargo, no es absolutamente necesario o imprescindible que el filósofo exprese de manera específica su concepto de la filosofía o del filosofar para que podamos percatarnos de su personal concepción al respecto. Por el contrario, es mucho más fidedigna la "lectura" que puede hacerse de su estilo, de su manera de filosofar, conociendo su aplicación filosófica. Es más fiel la lectura de la concepción filosófica de un filósofo en su manera de hacer filosofía, que en su manera de decir cómo entiende o cómo en su opinión, debe hacerse filosofía. Es más confiable "leer" la noción filosófica en el filosofar que en el decir cómo se debe filosofar.

Como quiera que sea, queremos ratificar nues-

tra valoración positiva de la oportunidad que ofrece el esfuerzo de autoconciencia filosófica para conocer los diferentes estilos posibles de entender la filosofía y de realizar el filosofar. No obstante, resulta que la postulación de una manera específica de entender la filosofía o el filosofar conduce frecuentemente a uno o ambos de dos riesgos: por un lado, a la dedicación preponderante por una meta-filosofía, en desmedro de la filosofía. Por el otro, a la adopción de posiciones dogmáticas que a su vez fomentan un tratamiento irrespetuoso e intolerante para con modalidades distintas.

Mucho del esfuerzo filosófico actual, principalmente en nuestro continente americano, se invierte exacerbadamente en definir, meta-filosóficamente, el ser de la filosofía. El quehacer filosófico, así, se pierde en disquisiciones que no enriquecen nuestra conciencia de la realidad, cualquiera que fuese la noción de realidad a la que como objeto se aplicase la modalidad filosófica en cuestión. Mucho del esfuerzo filosófico se está invirtiendo en tratar de explicar la filosofía o el filosofar sin haber puesto en contacto a la filosofía con realidad extrafilosófica alguna. Resulta entonces que, lejos de buscar por la práctica del quehacer filosófico el enriquecimiento de nuestra conciencia de la realidad nos agotamos o, cuando menos, invertimos innecesariamente demasiado esfuerzo valioso en tratar de definir o inclusive en tratar de justificar el ser y el valor del mismo quehacer filosófico. Es muy probable que buena parte de nuestra carencia de creatividad continental sea achacable a nuestra indisposición para ejercitar el filosofar directo, cualquiera que fuere la modalidad que cada cual profese, a los objetos directos, cualesquiera que fueran los objetos que cada cual considere dignos de su campo de reflexión. Al parecer, nos agotamos demasiado en filosofar acerca del filosofar.

Aparte de considerar a la autoconciencia filosófica como una angustia característica del filosofar, queremos llamar la atención acerca de la excesiva circunscripción a este tema en nuestro tiempo y en las actitudes de muchos de quienes nos ocupamos de la Filosofía en América y muy especialmente en la porción latina del continente. Este énfasis particular quizás tenga su origen en la sensación injustificada de minusvalía frente al respeto y veneración casi mágica que subyace en la conciencia general para con la ciencia. Quizá también participen de esta condición los reclamos cada vez mayores por quehaceres "útiles" en medio de un mundo de celeridades cada vez mayores y de reclamos por productividad

material. No es casual el hecho de que más de algún sistema filosófico reclame para sí el carácter de científico. Tampoco es casual el hecho de que se reclame, desde más de un sistema filosófico, que el filósofo debe orientarse a responder las cuestiones que interesan vital, práctica y crucialmente a la existencia del hombre. Los filósofos en general, y los profesores de filosofía en particular, parecemos estar demasiado angustiados a convencer de que nuestra ocupación es importante, que nuestra actividad es necesaria, que es valiosa y lejos de invertir la mayoría de nuestros esfuerzos en exhibir por nuestros productos esas condiciones, nos dedicamos a hacer algo así como campañas de promoción filosófica.

En nuestra opinión, son dos, por lo menos, las grandes contribuciones que ha realizado la filosofía en todos los tiempos y que puede realizar, con una importancia especial, dentro del mundo contemporáneo. La primera, la amplificación creciente de nuestra conciencia acerca del universo, en sus distintas alternativas y en sus diferentes niveles. Una contribución real al esfuerzo de humanización evolutivamente creciente de amplificar la captación del universo y sus contingencias y posibilidades. El segundo aspecto lo constituye la lección siempre valiosa de tolerancia que puede inculcar la actividad filosófica. Cada sistema filosófico, cada concepción, que produce el filosofar, es el resultado de una percepción, desde una perspectiva particular, del universo; cualquiera que sea este universo. Aristóteles es nuestro predecesor manifiestamente más remoto en este punto, su estilo de filosofar marcó una característica en el punto de partida obligado para todo filósofo: poner ante los ojos el producto humano anterior en el tratamiento de un problema. Un paso obligado para no redescubrir, presuntamente, lo ya descubierto, tomar como punto de partida el esfuerzo anterior realizado, mas no es un tenerlo en mente de manera despectiva para erigir un nuevo dogmatismo sobre el rechazo de las concepciones anteriores, sino un tener ante los ojos la tradición en un esfuerzo erudito por contar con el trabajo de la humanidad anterior para erigir la propia reflexión sobre la base de la contribución heredada.

A partir de Aristóteles, la generalidad de los filósofos más notables e ilustres no han enseñado un espíritu de ejercicio ilustrado de respeto y tolerancia. No es con el desprecio irrazonado, con la referencia distorsionada, o con el manejo del envenenamiento de la fuente como se erigen el valor, la validez, la verdad de un sistema o de una concepción filosófica. Antes bien, es en la adopción de una acti-

tud de conocimiento apropiado del esfuerzo anterior de la humanidad y la construcción de edificios lógicamente sólidos y constitutivamente verdaderos en donde habrá de buscarse el camino de la verdad y la validez de un sistema que se hace objeto de examen y discusión.

Es con una disposición espiritual como la anterior como el filosofar contemporáneo puede ser un instrumento de educación en cuanto al enriquecimiento de nuestra percepción del universo y sus posibilidades y una lección activa de tolerancia y de respeto.

No es extraño encontramos con legisladores filosóficos; con legisladores acerca del deber ser de la filosofía. Frecuentemente nos encontramos con referencias a que la filosofía debe ocuparse de tal tipo de problemas, que el filosofar debe realizarse de determinada manera. Mas tampoco es extraño que, quien se convierte de esta manera en un virtual legislador, no se vea respaldado por una obra filosófica que él haya realizado de conformidad con los criterios que intenta estipular para los otros.

Es más, muchos de nosotros habremos conocido a quienes se han preocupado de decirnos cómo debemos proceder, a qué objetos debe aplicarse nuestro filosofar sin que su propia obra sea un respaldo, una manera elocuente en donde se "lea" la forma de proceder que estipulan o la aplicación a los objetos hacia los que tratan de inducir. Es más todavía, no es insólito que quien formula este tipo de normas incluso carezca de obra filosófica propiamente dicha que le sirva de respaldo moral para su actitud y de ilustración elocuente de su prédica.

No está demás destacar que nos percatamos del carácter meta-meta-filosófico del planteamiento expresado en este trabajo. Su sentido de crítica a la meta-filosofía podría sugerir, equivocadamente, que incurre en el mismo "defecto" que señala. No obstante, es necesario ratificar nuestra aclaración en el sentido de que no es contra el afán autoconcientizador filosófico en sí mismo contra el que estamos. Nuestra intención es, primordialmente, hacer patente la preocupación acerca de ocuparse en exceso, ya no digamos exclusivamente, de la filosofía por sí. Siempre será importante y valiosa esta autoconciencia para verificar lo hecho, para corregir rumbos o para hallar modalidades nuevas. Mas de ello no se colige que ésta sea la tarea más importante y menos que sea o debiera ser la única.

Ahora bien, ¿creemos realmente que la Filosofía enriquece nuestra conciencia del universo y que su acción es docencia en respeto y razonable tole-

